

Prólogo
libro “La violación del imaginario”
de Aminata Traoré
Por
Federico Mayor Zaragoza

“Hay que estar
en vela noche y día.
Nadie debe dormir.
Ni estar cansado”.
Enrique Badosa

No podían haber elegido mejor lema para la colección: “Viento del sur”. Es el viento que nos hace falta permanentemente. Nosotros, los del norte, con más haberes. Ellos, rodeados de menos artificios, con más sabiduría. He tenido ocasión de constatarlo durante muchos años. Ha sido una gran fuente de aprendizaje. Y he repetido con frecuencia la necesidad de hacer realidad la letra del tango “Tengo el corazón mirando al sur” para que caminemos juntos hacia un futuro menos sombrío.

Al definir este proyecto cultural de “SIRIUS”, Jorge Portland escribe: “Queremos que esta colección sea el viento que desde el sur nos traiga las vivencias de los africanos, sus miedos, sus ilusiones, sus alegrías, sus intereses, sus denuncias, sus modelos, sus pensamientos, sus culturas, sus murmullos, sus gritos, sus risas, sus llantos, sus poesías...”. Conocer su visión del desarrollo y no imponerles la nuestra. Ayudarles a seguir los caminos que hayan elegido libremente. Estar a su lado para establecer los nuevos rumbos, sabiendo que “es la diversidad de los pueblos y las culturas

y no la abundancia de bienes y servicios lo que permitirá alcanzar un bienestar generalizado”.

Revisemos juntos el pasado, para que no se repitan sucesos que nunca podrán olvidarse y que son esenciales para diseñar un devenir común en armonía. Deber de memoria, sobre todo del futuro. Busquemos puntos de convergencia, de reconciliación, en donde las miradas retrospectiva y prospectiva puedan, al fin, después de tantos desgarros, culminar en una recíproca sonrisa.

¡La voz de África, de los pueblos africanos durante siglos silenciosos, silenciados!. Imaginar y recuperar en lo posible la música más inspirada, los más inéditos sonos, los más efímeros, que no hallaron un pentagrama dónde posarse. Lo mismo sucede con sus reflexiones, con el inmenso caudal de sus pensamientos y emociones transmitidos de generación en generación por no disponer de un abecedario. Como dijo el sabio africano Amadou Hampâté Bâ en el Consejo Ejecutivo de la UNESCO: “En África, cuando muere un anciano una biblioteca se quema”. Pero los libros se arrinconan más fácilmente que la memoria. Por ello, la transmisión oral tiene la ventaja de influir mucho más en la conducta. ¡Si hubiéramos seguido tantos y tantos conceptos remansados en las líneas, poco frecuentadas, de los libros!.

He citado con frecuencia la impresión que me produjo, en 1988, poco después de asumir la Dirección General de la UNESCO, el encuentro con una maestra de Burkina-Fasso. Habíamos llegado, con el presidente y los ministros de educación y cultura, al centro que ella dirigía cerca de Ougadougou y expresamos, con la mejor voluntad de cooperación, nuestros respectivos propósitos para mejorar la educación africana. La maestra,

según observé, seguía las distintas intervenciones con semblante risueño. ¿Será irónico?, pensé al cabo de un rato. La respuesta vino al final: me llamó aparte y me dijo: “Me han gustado las intervenciones. Pero, ¿creen ustedes realmente – la UNESCO, UNICEF, las ONG’s – que conocen mejor lo que debe hacerse para fortalecer la educación africana que quienes llevamos trabajando en la enseñanza años y años en las escuelas africanas? Todos vienen a darnos consejos. Nadie a recibirlos”. Le respondí cuánto me había impresionado su mensaje y, de regreso a la sede en París, indiqué a todos los responsables del sector educativo que, a partir de aquel momento, los manuales de la UNESCO se guardarían en los anaqueles de la biblioteca y que la UNESCO seguiría fielmente las directrices que los educadores africanos nos transmitieran. Creé el programa “A la escucha de África” y encomendé su presidencia a otra gran mujer africana: Graça Machel. Me había dado cuenta que en este aspecto fundamental, y en todos los demás, no podíamos actuar sin conocer sus puntos de vista, sin acordar con ellos de qué forma podríamos mejor contribuir a su real independencia. Los africanos son en gran parte la solución, no el problema. Esto es lo que, frente a los estereotipos de África – la pobre, la enigmática, la desorientada... – descubrió Aminata Traoré en Porto Alegre. “Mi corazón de mujer africana, que sabe por qué llora, empezó entonces a cantar esperanza, expresando mis sueños de alternativas en alta voz”, escribió de regreso. Y, como es una constante en su vida, lo puso en práctica a continuación y lo manifestó con fuerza (la belleza de sus palabras está a la altura de la firmeza de su voz) en los más variados foros internacionales.

Si quieres ayudar a África, conócela primero. Recorre, aunque sea con la imaginación, la ruta de los esclavos, el genocidio – a veces fratricida – que ensombrece la historia de varios siglos, de varios países, creencias, civilizaciones. Visita la Isla de Goré o la “Puerta del No retorno”, de

Ouida... y sentirás en las mejillas el rubor del olvido y del silencio. Comprenderás lo que significó el éxodo forzado, la diáspora que hoy da vida y color a tantos espacios del planeta. En enero de 1991, escribí en Bata, Guinea Ecuatorial: “Tu te quedas / yo me voy / con la denuncia / de tus ojos / sin fondo; / me voy con tu desoído / y hondo clamor / de tormentosos alegatos; / me voy en compañía / de tu inadvertida / soledad ... / No. No me voy, / no puedo irme , / no puedo dejarte / y no te deajo. / Me alejo / únicamente / de la palma / y del mangal / donde tu habitas, ... /”.

En otro poema, escrito en la Isla de Gorea y dedicado a Edouard Maunick, escribí: “Su última / mirada / antes de ser tendido / en la bodega. / Su última / mirada / a aquella puerta / angosta, / a aquella isla, / a aquella tierra / suya / que ahora navega / en olas de desamor / hacia ignoradas costas. / Cuánto / queremos hoy / esos sollozos / esa última / mirada viajera / desenraizada / brutalmente / de su paisaje, / de su casa, / de sus riberas. / Fueron vendidos / al peso. / Debemos / pagar la deuda.”.

No sólo las deudas contraídas ayer. También por la explotación, por la dependencia, por la ligereza con que, a menudo, les juzgamos hoy. Recuerdo vívidamente las palabras del presidente Julius Nyerere, el “Mualimu”, el “maestro”, cuando en 1989 nos refería sus experiencias como presidente de Tanzania, poniendo de relieve la inmensa frustración de movilizar a todo su país en la producción de algodón... que luego se cotizaría a la mitad de precio. “No queremos educación “básica”. De este modo seguiremos siempre, como ahora, sometidos a los países más avanzados. Nuestros recursos naturales seguirán siendo utilizados unilateralmente. Queremos educación en todos los grados, para ser interdependientes, no dependientes como ahora” . En efecto, la educación “básica” es como si se proporcionara solamente un segmento, una parte de

una rueda. Hice cuanto estuvo a mi alcance para cambiar los viejos conceptos coloniales de “alfabetización y educación fundamental” por educación para todos a lo largo de toda la vida, para que pudiéramos compartir mejor los progresos de la ciencia y de la técnica – empezando por compartir bien el conocimiento – favoreciendo los intercambios, pero procurando evitar al mismo tiempo la fuga de talentos. Hoy son más de cuarenta mil los “doctores” (PhD) africanos que prestan sus servicios en los hospitales y laboratorios de investigación de los Estados Unidos.

El libro de Aminata Traoré pone de manifiesto los estragos provocados por la imposición de modelos extranjeros - sobre todo, el modelo de desarrollo “occidental”- tanto a escala económica y social como cultural y moral.

Bien entendido, no preconiza el aislamiento sino la cooperación, es decir, trabajar juntos, porque “hablando se entiende la gente”, como reza un conocido refrán. No a la sumisión, sí a la propuesta, sí a la defensa contra la uniformización y la gregarización. Defensa de la diversidad, nuestra riqueza. Defensa de la identidad, del perfil singular, creador, de cada cultura. Identidades personal y colectiva que deben preservarse porque de ellas dependen, en último término, la libertad y la autoestima. Educación para la “soberanía personal”, para argüir en favor de nuestros propios criterios y no aceptar los de la omnímoda tecnología, que invade, interesadamente, todos los espacios de nuestro entorno, que disfraza y oculta progresivamente los trazos que permiten identificar el “yo”, el “nosotros”.

Educación para devenir ciudadanos del mundo, que reivindiquen y procuren el establecimiento, apremiante, de unas Naciones Unidas dotadas de los medios humanos y financieros que les permitan construir el marco

ético y legal que a escala supranacional se precisa con urgencia para evitar la presente impunidad y poner en práctica los nuevos contratos de carácter social, medioambiental, cultural y moral que el otro mundo posible que soñamos requiere. Un mundo en el que los paraísos fiscales y los tráfico de capitales, drogas, armas, personas... desaparezcan y en el que los Estados vuelvan a escribir, como en 1945, “Nosotros, los pueblos”... . Un marco respetado a escala global, que guíe el desarrollo en base a unos valores universales, sin abdicar de sus responsabilidades en favor de las veleidades del “mercado” y establezca las normas que eviten los desmanes de grandes corporaciones internacionales.

“Se ha desacreditado a las Naciones Unidas, pervertido el derecho internacional, legitimado el uso de la violencia... . Denunciar la americanización del mundo no es manifestar anti-americanismo sino cumplir un deber de lucidez... . No debemos dejar en manos de los Estados el destino de África. Nos pertenece, como pueblos, influir de manera decisiva...”. Y añade Aminata Traoré: “Se pretende que para yugular la pobreza nuestro continente debe insertarse imperativamente en la mundialización... . Es falso: un Estado delicuescente resulta, precisamente, de la violencia del sistema mundial y de un diseño mercantilista y deshumanizante a la vez”... .

“Las inversiones extranjeras – añade – aprovechan a todos... salvo al pueblo de Mali... . La rehabilitación de nuestro imaginario violado es un reto económico, político y civilizacional a la vez”. La fascinación que irradia Aminata no sólo se debe a la contundencia de sus argumentos, sino a la percepción de su disponibilidad para, en una nueva complicidad, cambiar los actuales derroteros. Ex -Ministra de Cultura, defensora de los derechos humanos en todo el mundo, por todo el mundo, Aminata Traoré

es África, ese continente del que depende, en buena medida, un futuro más luminoso.

“¿A quién pertenece África?”, pregunté hace unos años al término de una reunión en Canadá, en la que se discutía la mejor forma de colaborar al desarrollo africano. ¿A quién pertenece África? Sepamos a quiénes y por cuánto van a parar los frutos de sus campos, los productos de sus minas, el petróleo y el gas de sus yacimientos, los peces de sus caladeros... y entonces, además de restituir lo que corresponda, de poner en su sitio tan trastocados juicios sobre África, respetaremos, al menos, sus símbolos, su imaginario. No podemos guardar silencio. Les debemos, al menos, la voz. Favorecer la interacción, el diálogo, el mestizaje. Con-vivir, con-padecer, con-partir, nos libera y nos des-aprisiona. El intercambio cultural nos enriquece mutuamente. Memoria del pasado, para extraer tantas lecciones, pero, sobre todo, insisto en ello, memoria del futuro. Un futuro en el que todo el imaginario africano tendrá un valor excepcional.

Con este libro, lector, no sólo conocerás África a través de uno de sus grandes actores actuales, dotada de la sensibilidad, desprendimiento, dedicación y generosidad incomparables de la mujer africana, sino que apreciarás, después de leerlo, tus propios símbolos identitarios. Te convertirás en testigo comprometido, en interlocutor, para, por la palabra, contribuir a diseñar el devenir que anhelamos para nuestros hijos.

Otra África es posible. El algodón africano al servicio de la creatividad y de la urdimbre social, es una de las grandes aspiraciones de Aminata. El Foro Social Africano – expresión regional del Foro Social Mundial – pretende consolidar la capacidad de análisis, de acción y de movilización de los diferentes integrantes del movimiento social africano, de tal modo

que jueguen el papel que les corresponde tanto en África como en el mundo. Construir un espacio africano de elaboración de alternativas a la mundialización neoliberal, que está ampliando en lugar de reducir los desequilibrios económicos, sociales, etc. y definir nuevas estrategias políticas, financieras, culturales, medioambientales... .

Como antes indicaba, el Estado ha abdicado de sus responsabilidades y ha confiado al “mercado” las funciones que, guiadas por principios reconocidos, por todos, le correspondía desempeñar. Para ello es necesaria la emergencia, dice Aminata, de una nueva conciencia que, a través de foros, reuniones..., articule las distintas iniciativas y propuestas. La democracia participativa es el mejor horizonte también del hemisferio sur, pero es imprescindible justicia y equidad social, así como capacidad ciudadana, para poder denunciar y evitar, por ejemplo la competitividad de productos subvencionados por las grandes potencias. El actual sistema empobrece a países ricos al tiempo que se degradan sus suelos y medioambiente. Deben analizarse en profundidad las causas de la pobreza, la violencia, la emigración... en bien de todos. Desde hace años, se viene advirtiendo que la prosperidad de tan sólo un barrio de la aldea global aumenta sin cesar al tiempo que los bienes materiales y el acceso a una nutrición y unos recursos sanitarios mínimos se hace más difícil en los otros barrios. Sus habitantes, progresivamente defraudados por el incumplimiento de las promesas de los países más avanzados, son fuente de animadversión, rencor y, en ocasiones, agresividad.

La inmensa creatividad africana debe ponerse de manifiesto y establecer las sinergias adecuadas entre la producción agrícola, la industria y los servicios, para escapar de la dependencia de las materias primas obtenidas sin la menor transformación previa “in situ” y, escribe Aminata Traoré, los

actores africanos – desde los agricultores hasta los intelectuales – deben dar una vuelta completa a la presente situación.

“Denuncio la amalgama entre nuestro continente y el islamismo radical, que es tan totalitario como el sistema contra el que lucha... El carácter monolítico y necesariamente autoritario de orden neoliberal que, queriendo transformar nuestras economías y nuestras sociedades a expensas nuestras... destruye nuestra visión del mundo y de nosotros mismos”, constituye uno de los principales alegatos y, al mismo tiempo, el hilo conductor de esta obra extraordinaria de Aminata Traoré. “No digo que el pasado fuera un paraíso; trato simplemente de recordar a África que debe saber extraer lo mejor de su patrimonio cultural y socio-religioso”. “No a la mentira, proclama Aminata. Más verdades y ética disiparán las nubes que hoy ensombrecen el cielo, con su ancho conjunto de miedos y odios”.

“El otro, tan lejos, tan humano”. El 11 de septiembre de 2001 sintió como nunca esta hermandad por encima de las distancias. Pero, a continuación, nos damos cuenta de que los más poderosos carecen, en muchas ocasiones, de un proyecto humanista. La espada prevalece sobre palabra, el músculo sobre la mente. “En estos tiempos de tormenta, de violencia y de mentira, tengamos la audacia y el coraje de explorar otros remedios, de imaginar otros mundos, de renovar de este modo nuestra esperanza y fortalecer la utopía que animó a África en los años 60”. “Crecía, amaba mi piel, tenía a los míos. Amaba mi vida, a la que trataba de proporcionar un contenido y un sentido a la vez”... En las páginas de “1960 yo recuerdo”, Aminata escribe que la democracia no se tradujo en beneficio de su país sino en legitimar la depauperación del mismo.

Todo esto que transcribo, pretende dar al lector la medida del valor extraordinario del libro que se apresta a leer. No es un libro tan sólo de denuncia y, mucho menos, de lamento, sino de propuestas, un libro de esperanza que señala los caminos para hacer las cosas de otro modo. Pero, para ello, debemos evitar que, distraídos unos y asustados otros, el número de sumisos supere al de escandalizados, el número de resignados al de inconformistas. Debemos, una vez más, todos juntos -y esta obra contribuye eficazmente a ello- seguir el formidable consejo del poeta Miquel Martí i Pol: “Pongámonos / otra vez de pie y que se oiga / la voz de todos solemnemente y clara”.

Federico Mayor Zaragoza